

L'èxit a Barcelona - I Capítulo

Marko Medina



Capítulo 1

I. –En busca del Éxito

Siempre le perturbarón los funerales, le incomodaba no tener las palabras precisas que dedicar a la persona que había perdido a un ser querido. Que palabras de consuelo podías dedicar al amigo cuya hija adolescente falleció en un accidente de tránsito, o a tu compañera de trabajo, cuyo esposo pereció unos días antes de celebrar cinco años de matrimonio. Le inquietaba no saber si debía dar un corto o largo abrazo al deudo. Le turbaba perder la entereza y estallar en lágrimas ante todos o por el contrario embozar una sonrisa nerviosa. Se preguntó a cuantos velorios y entierros asistió en su vida. ¿A cuántos hijos acompañó en el entierro de sus padres? ¿A cuántos padres acompañó en el entierro de sus hijos? ¿Cuántos ataúdes de amigos cargo? Durante sus treinta y cuatro años de vida la muerte asomó muchas veces, pero él siempre había sido solo un espectador, un concurrente. Ahora sería él quien recibiera las condolencias. No tenía en claro que hacer, que responder, como vestirse. Si mostrarse, como se sentía, sereno, o fingir aflicción. Era su madre la que estaba en ese féretro, pero el dolor que había experimentado al recibir la noticia, pasadas las cuatro de la mañana, su primera reacción de llorar y caer en un estado catatónico, fue desapareciendo con el transcurso de las horas. En aquel momento solo consideraba que debía cumplir el protocolo, mantener el ritual católico acostumbrado. No tenía en claro que responder ante las palabras de apoyo que recibía cuando alguien llegaba al velatorio y lo abrazaba, ni como expresarse al responder las llamadas telefónicas que amigos, conocidos, y desconocidos realizaban. Ni tenía en claro si debía responder los mensajes de condolencias que iban dejando sus seguidores en su *Fanpage*, *Twitter* e *Instagram*. La funeraria se había encargado de todo, él solo debía permanecer de pie esperando fuera llegando la gente para acompañarlo en su dolor, aunque él hubiera preferido en ese momento estar solo.

Hay veces reconocía el rostro de un amigo, de un colega, de un compañero del colegio o de la universidad, pero la mayoría de las veces quien lo abrazaba era un desconocido, alguien que solo estaba allí, quizás con buena voluntad, para darle las condolencias a la estrella de televisión. Por unos minutos se sentó, tomo un café, y deseo poder prender un cigarrillo, pero no se atrevió. Desde su posición contemplo el velatorio, y le pareció pequeño. Martin observó que había más arreglos florales que personas acompañando a su madre. Docenas de arreglos florales inundaban el recinto, casi cubrían el féretro El más grande tenía el logo del canal de televisión donde laboraba, y, junto a este gigante, había otros donde resaltaba el logo de alguna empresa con la que tenía o tuvo algún vínculo, como la del gimnasio donde entrenaba, la marca de ropa que lo

vestía o el casino Royal al que prestaba su imagen.

A nadie le importaba quien estaba en el féretro, sino el personaje de la farándula, el amigo de todos, que acababa de perder a su madre. Él era siempre noticia, alguien que parecía no perder vigencia para los medios. Aún en ese momento de luto, no podía, literalmente, escapar de los flashes. Dos fotógrafos hacían guardia, afanados en capturar el momento preciso en que Martín Rengifo recibía las condolencias de alguna celebridad o de alguna exnovia. La aparición del padre Lizarraga, amigo íntimo de la familia Rengifo Celi, detuvo la transmisión que hacía un *influencer* para su canal de facebook. “No es el momento para trivialidades y oropeles, respeten a la difunta y márchense, por favor”, solicitó.

Martin Rengifo era una celebridad en la televisión peruana, y en aquel momento, mientras el padre Lizarraga rezaba por su difunta madre, y él contemplaba el ataúd, no pudo contener las lágrimas al recordar la última conversación que mantuvieron, cuando ella todavía se mostraba fuerte y crítica.

—Has claudicado por la vulgar fama, estás perdiendo todo tu potencial de artista entre vedettes y payasos, te has vuelto uno de ellos, uno más —le reclamo la última vez que la visito en Trujillo.

Doña Violeta Celi viuda de Rengifo siempre censuro la falta de ambición de Martin, su incapacidad de dejar el éxito efímero que le deparaba la televisión y concentrarse en el arte.

—No tengo talento, debo reconocer que no puedo ya pintar —se excusaba él.

—El talento no se pierde, se atrofia, lo adormilaste en esa vida de juergas y noches bohemias. Lima ha sido tu perdición, hubieras desarrollado tu talento en Nueva York o Paris, pero jamás en Lima. Esa ciudad es Babilonia, es el pecado, a hombres como tú sin carácter los absorbe y consume, es una fiesta perpetua. No, no, un artista no se forja en Lima —es tajante, dejando escapar unas lágrimas, muestra de su impotencia.

—Tus lagrimas me hacen daño, eres mi madre, quise complacerte, luche por hacerme un lugar en las artes plásticas, pero fue difícil, era ser un pobre artista dedicado al arte, o un hombre de la televisión con dinero para vivir bien, y darte lo que tú merecerías ¿Cuándo iba a alcanzar mi madurez artística a los 40? ¿Y mientras? Viviría como miles de artistas sobreviviendo por amor al arte.

—Eres un gran hijo, nos salvaste de la miseria, a la que los malos negocios de tu padre nos llevaron, sacrificaste tu talento por nosotros, pero ya eres un hombre con fortuna, puedes dejar la farándula y volver a

cultivar ese talento que dios te regalo, no lo desperdicies.

—No puedo, he intentado todos estos años volver a pintar, no puedo. He intentado escribir, los críticos han dicho que mi novela no tiene alma, me han despedazado.

—Eres mi hijo, te amo, pero no te digo como madre esto: desde niño vi en ti un prodigio, alguien sobresaliente, pero tú no. Tú no has tenido fe en ti, tú has claudicado antes de luchar, el arte no es inspiración, es dedicación, trabajo, esfuerzo y perseverancia. Mientras tengas esa labor en televisión, y tu agenda llena de fiestas, te consumirás. La televisión tarde o temprano te abandonara, es mejor que la abandones tú ahora.

Aquella última conversación con su madre, siempre se repite en su mente. Una y otra vez se reproduce aquel alegato, ese clamor a que no abandone el arte, que hasta su partida a Lima parecía seria su profesión, su medio de vida.

La primera vez que pinto un cuadro y se lo mostró a su madre tenía 11 años. Doña Violeta llena de emoción la enmarco. Hasta el día de su muerte aquella pintura primigenia permanecía colgada en la pared de su dormitorio, era lo primero que veía al despertarse, un testimonio del niño prodigioso que fue y al mismo tiempo del fracaso que representaba en la adultez.

Desde niño había soñado con ser famoso, exitoso, o quizás sin darse cuenta solo había absorbido las expectativas que su madre depositaba en él. La idea de que lo único importante en la vida era el éxito, ser alguien importante, respetado. Su madre fue su mayor influencia, su mentora. Artista frustrada, doña Violeta Celi siempre redundaba que Martin llevaba el signo del éxito, que sería alguien importante, el mayor orgullo de su familia: “por ti el apellido Rengifo Celi será reconocido en todo el mundo”, repetía ella.

A los 6 años aprendió a tocar el Piano, antes de cumplir los 8 el Violín. A los 11 ya podía combinar colores y pintar paisajes y el retrato de cada uno de los miembros de su familia. A los 15 fue el más joven ganador del premio Bellas Artes de Trujillo. Sin embargo, aquel fue el último de sus éxitos. Desde aquella fecha perdió la inspiración, el entusiasmo, la pasión por la pintura y por crear ficciones en cuadernos. Doña Violeta Celi no entendió ese proceso involutivo, se hizo intransigente, no permitió que renunciara a sus clases de música, sus talleres de pintura o que perdiera la costumbre de leer 2 horas diarios en la sala con ella. La adolescencia había llegado a Martin y con ello nuevas pasiones, ya no artísticas, si no humanas. El amor, el sexo, los deportes, la popularidad, las fiestas, el considerarse deseado por las mujeres y admirado por los hombres, lo hacían distanciarse del arte, que le exigía rutinas, disciplina y aislamiento. Martin tenía una simpatía innata y carisma. Capaz de hacer amigos donde

fuera, sin importarle la procedencia social o económica. Era tan distinto a su madre, una mujer criada en una época donde ser blanco era sinónimo de poder y arrogancia. Ella conservaba ese ímpetu de la perfección, de ser la fortaleza moral de un país lleno de mestizos e indígenas que, creía ella, eran pobres porque vivían en pecado, sin orden y miedo a dios.

—Todos los problemas que vive este país –manifestaba– se lo debemos a ese piurano. El cambio todo para peor.

Hacía referencia a Velazco Alvarado, un general piurano que un buen día dio un golpe de estado, nacionalizó el petróleo y expropió todas las tierras agrícolas que estaban en manos de las familias más ricas del Perú, cuya ascendencia podía ser rastreada desde la época de la conquista y el virreinato. Fue una verdadera revolución entregar las tierras a los campesinos, los herederos de los indígenas derrotados. La familia Rengifo Mayorga y los Celi Cantuarias estaban entre quienes fueron expropiados. Sin contactos en el nuevo gobierno, no consiguieron pago alguno por sus tierras como si obtuvieron otras familias que pudieron cobrar al estado por la pérdida de sus latifundios.

Martin no tenía esa visión fatalista del Perú como su madre. Había crecido en un país sin patrones, sin clases sociales marcadas por el color de la piel, sino por el dinero. El norte peruano estaba más integrado. Desde la reforma agraria las familias de apellido moche o quechua se codeaban con los oligarcas apellidos tradicionales de Trujillo. Había sido realmente una revolución social y económica, que hizo al Perú por primera vez la patria de todos. Sin embargo, quizás por vivir con una madre que celebraba el orgullo de ser blancos y que eso bastaba para tener éxito en todo lo que se propusiera, él fue asimilando que era diferente al resto, era excepcional por su atractivo físico. Ser blanco, alto, educado, era un plus en su vida, y supo aprovechar esa ventaja desde muy joven para embelesar mujeres y más adelante para tocar las puertas de la televisión. Ese fue el gran talento que desarrolló Martín Rengifo Celi cautivar audiencias con su rostro, pero no vio en los estudios un medio de superación.

Al cumplirse 6 meses de la muerte de su madre, no es capaz de aislar de su mente la sensación de fracaso, de haber desperdiciado su vida. Tras diez años en las pantallas, no tiene ni el respeto, ni el éxito, solo es un adorno en la televisión, una pieza más del engranaje farandulero. “La fama, no es sinónimo de éxito hijo”, le recordaba siempre su madre. Martín es locutor de noticias en un canal de televisión limeño, ha tenido un programa de variedades propio. Es estrella del ambiente farandulero limeño, siempre invitado a *talk shows*, programas concursos o a cocinar en algún programa matinal. Para nadie es un secreto que su “éxito” se basa en su atractivo físico, no es una estrella del periodismo, ni un animador ocurrente, ni mucho menos un entrevistador acucioso, solo es

un rostro bonito que lee un *teleprompter* cada noche, de lunes a viernes.

Al comenzar en la televisión se dijo así mismo que aquel trabajo solo sería el medio que pagaría sus cuentas, y le permitiría dedicar el mayor tiempo posible a pintar. Sin embargo, en todo ese tiempo no ha podido realizar la obra que esperaba. Martín ha fracasado completamente, no ha logrado pintar un cuadro decente, aunque sus amigos le han hecho participar en exposiciones colectivas, y la novela de 150 páginas que escribió, aunque vendió gran número de ejemplares, fue destrozada por la crítica.

Martin considera que no ha fracasado, que ha sido el trabajo, la vida bohemia limeña, las mujeres... Diversos factores, los que han complotado para que su arte no haya alcanzado el potencial que debe. Lima es la responsable, no él. Se obsesiona con la idea de huir de la ciudad de la juerga infinita. Es lo que le permitirá escapar de la mediocridad que tanto criticaba su madre. Lima, reflexiona Martin, es la ciudad ideal para un sibarita, para un mortal en busca de disfrutar los placeres de la vida intensamente, no para un artista como él, que necesitaba concentrarse en su arte. A los foráneos bien podría parecerle que los limeños no trabajaban por necesidad, su *leitmotiv* era tener el dinero suficiente para gastar los fines de semana en restaurantes, bares, discotecas, pubs, en organizar tertulias en sus hogares, donde se esmeraban por agasajar a amigos y familiares. Siempre había un buen motivo para abrir las puertas de sus casas y atiborrar las mesas de tragos y comida. Lima era los fines de semana una fiesta interminable. No había otra ciudad en Sudamérica como Lima, aquella fue su perdición, y huir de ella se convirtió en su objetivo.

Podía pasar muchas mañanas tendido en su cama imaginando su nueva vida lejos de Lima, e irse a dormir, en las noches, meditando sobre qué ciudad elegir como centro de su nueva vida dedicada completamente al arte. Buscaba en *Youtube* documentales sobre ciudades y artistas, leía artículos, libros, recorría ciudades, barrios a través de *google street view*. Paso varias semanas meditando sobre su auto exilio, sobre su futuro lejos de la farándula y de Lima, pero nunca tomo una decisión, nunca se atrevería a dejar Lima. No, no podía dejar todo, dejar su vida perfecta en pos de una aventura incierta. Solo era un sueño, el bonito sueño de un preso que anhela traspasar los barrotes y ser libre. Lima era su prisión y la farándula su carcelera. Se obsesiono tanto con aquello que el día menos esperado estallo. Quizás fue su subconsciente, una fuerza interna que no conocía, que lo envalentonó para romper con todo, o fue realmente su asco de vivir en un medio donde cada día la vida privada de una celebridad era violentada y su intimidad comercializada. Ser un personaje de televisión te hacía merecedor al escrutinio de todos, a ser cada día plato principal de los informativos faranduleros, y ella, Lola Barraza, la que lo llamaba su amigo íntimo, era la suprema dictadora, la que podía arruinar la carrera de cualquier chico *reality* o actriz con una foto o un video. No necesitaba tener una unidad de investigación periodística, como

ella se jactaba, le bastaba tener miles de seguidores, o como ella los llamaba lechuzas, siempre dispuestos a alimentar su industria del chismorreo. Gracias a la tecnología un beso inocente en la mejilla de dos amigos, según el ángulo, podía considerarse el beso apasionado de dos amantes. Cualquiera con vocación de paparazi podía ahora serlo. Nadie estaba a salvo, hasta tu mejor amigo te grababa fumándote un pucho de marihuana, o tu expareja filtraba videos íntimos. Las celebridades estaban a merced de esas lechuzas cazadoras.

No fue premeditado, solo surgió aquel alegato contra la intromisión publica en la vida de todos cuando la Barraza usando el doble sentido menciona el tema de Margot Heredia, una chica reality cuyo video de una felación a su pareja circulaba por *whatsapp*. Fue el detonante que lo impulso a arremeter contra ella, la emisora, y contra aquellos que cada noche esperaban conocer alguna historia sórdida. "Lo que habéis hecho todos a Margot regodeándose con su tragedia es lo más vil que he presenciado en mi vida, como si ninguno de ustedes tuviera intimidad. ¿Nadie le ha hecho sexo oral a su pareja? ¿O son tan miserables que no tenéis una vida sexual y eso los lleva a suplir su pobreza amorosa con lo que la televisión les arroja?", alego indignado.

Vomito ante cámaras, en directo, toda la suciedad de ese mundo, su mundo: "Una Prensa de mierda que alimenta a gente frustrada que no tiene nada mejor que hacer en la vida que sentarse frente al televisor para disfrutar con las tragedias y miserias de la farándula peruana", manifestó indignado. Supo, mientras escuchaba a la Barraza defender a su gremio, que mañana tendría a todos en contra de él, y su imagen de chico, más bien un treintañero, correcto y de modales refinados se fulminaba en cada reflexión que escupía contra ese universo al que había pertenecido tantos años, y ahora encontraba nefasto. "La Televisión como institución que produce programas idiotas para un público idiota... La Prensa está llena de periodistas, mejor dicho, redactores, con tan limitado intelecto que solo son capaces de preguntar a una celebridad que llega al país si le gusta la comida peruana... Ir detrás de los artistas y hacerles notas estúpidas para llenar una sección farandulera. ¿Qué talento puedes necesitar para ser la estrella del periodismo?... Si le das mierda a la gente se la tragara... Tienen un canal del estado que todo el día transmite programas culturales, tienen la internet con tantos programas formativos, documentales, series o películas más interesante que cualquier programa de este canal, pero prefieren seguir viendo el mismo programa de chismes o el mismo programa de chicos *reality* que discuten su vida sentimental al aire, eso es bazofia. Si les gusta consumirla, bien por ustedes, pero yo estoy cansado de eso", manifestó.

No había marcha atrás, el Canal de televisión no lo despidió, le ofrecieron dos meses de vacaciones pagadas hasta que discutieran su situación. A cambio debía desaparecer de la vida pública, eso significaba no aceptar entrevistas, declarar y/o escribir contra el canal en cualquier medio,

incluyendo digitales. Su manifiesto fue un golpe a las bases del canal, y de toda la televisión peruana de señal abierta. La premisa desde las épocas de Ferrando y de Pocho Rospigliosi era dar siempre “lo que le gusta a la gente”, comedias de tortazos, mujeres en bikini, émulos de gladiadores de musculatura exaltada por los esteroides, cotilleos sentimentales, escándalos, infidelidades... Hacer de la televisión peruana un gran circo, donde todas las clases sociales, sin distinción, disfrutaran del morbo. En tiempos de Internet aquella premisa se hizo fundamento.

Martín ya no veía con agrado lo que hasta hace poco parecía disfrutar, la fama, el reconocimiento del público. Llevaba buen tiempo haciéndole imposible mantener aquella rutina laboral. No es que odiara ser un narrador de noticias, sino el terror de pensar que lo haría eternamente. Era el momento de reconocer que había fracasado en todos los proyectos televisivos que emprendió. No estaba hecho para ese mundo, simplemente no tenía el talento que se necesitaba para ser un animador de Tv. Ser narrador de noticias fue su techo, su último intento por mantenerse en la televisión. El canal le dio muchas oportunidades, incluyendo animar programas de concurso, de variedades, de conversación, y en todos había fracasado. Él no tenía facilidad de palabra, gracia, capacidad de hacer el ridículo sin ruborizarse, y sobre todo hablar el idioma de la calle, minimitarse con gente de los extractos populares quienes eran los principales consumidores de programas de televisión.

Él no era como su pata el chato Romero, el animador más importante del canal que todos los días tenía 2 horas de programa, y era capaz de besar a una anciana, y fuera de cámaras insultar al productor por hacerlo besar viejas. Martín siempre vio en Romero el modelo a seguir. No era un hombre atractivo, ni agradable en el trato, más bien antipático, con sus posturas de divo. Solo con sus amigos, entre ellos Martín, mostraba su rostro real, del miraflorentino locuaz que reconocía que su trabajo era una mierda, que daría todo por tener un programa de verdad, no la porquería que animaba.

—Que te vayas en pos de tu sueño es lo mejor que puedes hacer —le dijo la última vez que lo vio y le reveló sus planes—. Yo sigo aquí estancado. Soy un mediocre incapaz de escapar de este programa de mierda. No tienes mujer, ni hijos, puedes aspirar a más. Muchos estamos atados a un salario, tenemos responsabilidades. Somos las prostitutas de los medios, del populacho.

—Ten tu productora, tienes un nombre ya en el medio, lánzate a producir los programas que los canales consideran no aptos para sus espectadores —sugirió Martín—. Hay que educar a la gente, si le das mañana, tarde y noche mierda se acostumbran.

Le sorprendió la confesión de Romero. En cierta forma ambos achacaban a los medios, a sus empleadores, al público, sus frustraciones. La televisión

los había obligado a crear un personaje delante y detrás de cámaras. Martín era el amigo de todos, el tío educado, un pituco buena gente que no resultaba desagradable como otros de su clase social. En los sets era querido por sus compañeros de trabajo. En cambio, Romero desarrollaba una personalidad conflictiva en el set de grabación, se alteraba ante cualquier cambio en el libreto, o cualquier error de producción. Sus aspavientos de mirafloresino mal educado lo hacían odiado por todo el personal de producción. Mientras en escena era adorado por el gran público. Era tan pituco como Martín, pero cualquiera podía creer que había crecido en algún barrio pobre de Lima, por el dominio de la jerga popular, y el uso del doble sentido, un arte del criollo limeño. Romero dominaba aquel lenguaje que su gran público empleaba, era uno de ellos. Solo una mascarada para seducir a las masas.

Martín llegó a un acuerdo con el Canal de televisión, renunciaba y recibiría el sueldo de un año de trabajo. No daría más declaraciones a la prensa. Por mucho tiempo su rostro seguiría siendo asociado al Canal de televisión, y no querían estos tener a su chico dorado, más bien treintañero, lanzando mierda por donde iba. Puso en venta sus dos autos y los muebles del departamento que alquilaba hacia 5 años, por los que no esperaba recibir mucho. Estaba listo para emprender la gran aventura de su vida: Barcelona. Solo la distancia, la soledad del migrante le asegura el éxito. Lejos de su cómoda vida limeña, de la efímera fama, y la bohemia, creía poder alcanzar la inspiración para desarrollar su arte.

Barcelona era su destino, la primera ciudad en la que pensó cuando, en el funeral de su madre, la idea de partir lo invadió. Volvería a ella después de casi 7 años, cuando fue comisionado para hacer una crónica sobre el Cholo Sotil que había sido invitado por el Barcelona Fútbol Club. Lo que comenzó como una crónica del regreso del Cholo a la ciudad condal, terminó siendo una crónica de hinchas peruanos a las afueras del Nou Camp. Nunca pudo entrevistar a Sotil en Barcelona, el club lo mantuvo apartado de toda la prensa, y solo declaraba a medios previamente aprobados por el BFC. No tenía instinto de periodista, aquella fue su primera y última comisión internacional como periodista. Aunque intentó posteriormente volver a hacer crónicas periodísticas por su cuenta, nunca pudo tampoco tener éxito en ese campo. Desde aquella oportunidad había pensado que aquel puerto mediterráneo era el mejor lugar donde un pintor podía alcanzar la plenitud artística.

Las últimas semanas que estuvo en Lima las pasó en San Bartolo, en casa de un amigo. Allí en la soledad que aquel balneario playero proporcionaba en invierno planificó su vida en Barcelona. Fue allí por última vez intensamente feliz en Lima, con ella. La felicidad para él estaba asociada a una mujer, no se trataba de amor, sino de sexo, de pasión de sentirse un hombre, un macho en la cama, y ella lo hizo intensamente feliz esas últimas semanas en San Bartolo, como hacía mucho no se sentía, el más viril de los mortales. Cuando coincidió con Margot en una reunión, ella lo

abrazo, lamentando sinceramente la reciente pérdida de su madre, y le agradeció por sus palabras, por su apoyo moral. Él tuvo el impulso de seguir conversando con ella, quizás en el primer abrazo ambos entendieron que estaban predestinados, lo que fuera... Ambos se necesitaban en esos momentos, y disfrutaban esos fines de semana encerrados en el departamento de San Bartolo, contemplando el océano desde el dormitorio, bajando por los acantilados hasta el mar, sin lechuzas que los siguieran en esas pendientes, con aquellas playas inaccesibles desiertas, solo para ellos.

El siempre despertaba al alba, prendía un cigarrillo y se sentaba en el pequeño balcón del dormitorio, desde allí contemplaba el mar de San Bartolo, y a los surfistas que intentaba domar aquellas olas bravas que parecían caballos salvajes renuentes a ser dominados por aquellos hombres montados en tablas de surf. Y la contemplaba a ella, hermosa, perfecta, indefensa. Y se preguntaba porque no podía incluirla en sus planes, y marcharse juntos, a comenzar una nueva vida. Ella lo amaba, no dudaba que estaría dispuesta a dejar todo por él, sus escarceos en la actuación, las fiestas, el modelaje, su familia... Todo por ir detrás de aquel hombre que, por ella, había mandado a la mierda a todo el periodismo, y a la gente que consumía su mierda, cuando estalló el escándalo de su video. Ella agradecía que la hubiera defendido y reprobado el machismo peruano, que lapidaba a la mujer que aparecía en el video, pero ignoraba adrede al otro protagonista de la historia, al hombre que ella ama, y la había, sin su consentimiento, grabado en la intimidad. A nadie le interesaba si este había violado la intimidad de ella, si era quien había propagado el video en busca de una retribución económica o protagonismo. Más bien en las redes los machos peruanos lo felicitaban por la hembra que se había cogido. Martin no, él exigía que se condenara al ostracismo televisivo al mequetrefe que grabó a Margot. Él era un ídolo, ella una puta.

El romance no fue premeditado, solo sucedió, eran dos personajes de la farándula, cansados del escrutinio público, que comenzaron a escapar juntos de la vorágine en la que estaban inmersas sus vidas. Ellos veían a la televisión como su centro laboral, y no entendían la carga social que debían soportar por sus trabajos, estar siempre en la mira de la prensa, la exposición de sus nombres, el no poder tener una vida normal. Solo ella entendía lo que él sentía en esos momentos, solo él entendía lo que ella sufría cuando por las redes la maledicencia del populacho seguía compartiendo el video de ella realizando a su ex pareja sexo oral, y los comentarios infelices sobre aquello que en la intimidad era cotidiano, pero cuando transcendía se convertía en un acto pervertido. Para ella fue amor, un acto puro de amor, complacer a su hombre, que en ese momento era su mundo, quien la hacía sentir la mujer más feliz sobre la tierra, y que la traicionó grabando sus encuentros sexuales sin que ella lo supiera.

Con Martin pensó que tendría una nueva oportunidad de ser feliz, de sentirse protegida, amada. Margot era de esas mujeres que necesitaba ser querida, requería un hombre a su lado que la reconfortara. Como a muchas mujeres, y hombres, la soledad la aterraba, prefería mantener una relación toxica antes que perder al compañero. Miedo a pasar interminables fines de semana teniendo como única compañía el televisor, miedo a pasar sus días cenando sola. Miedo a las miradas de lástima al llegar sola a una reunión, miedo al qué dirán por no tener con ella una pareja. Él no era de esos, a él no le importaba estar solo, sabía que nunca lo estaría, que siempre tendría una mujer dispuesta a estar a su lado, aunque sea solo una noche.

Margot padecía el síndrome Marilyn Monroe. Había alcanzado el éxito muy joven, usando su belleza para abrirse camino. ¿Cuántos romances tuvo ante cámara? Nadie se ponía de acuerdo, muchos eran inventados, muchos eran parte del guion con el que los productores de los programas de televisión, de los que fue su estrella, aseguraban el *rating*. Ella era el animal más bello de la pantalla, la novia eterna, a la que sorprendían en directo con rosas y chocolates. La chica común que lloro ante cámaras cuando su novio, el candidato al congreso, le pidió matrimonio en el aeropuerto minutos antes de volar juntos a Cancún. Cuando ganó la elección el congresista olvido la promesa y la dejo. La televisión fue el medio por el cual escapo de la opresión de un padre que le exigía seguir sus pasos en la medicina, una familia de profesionales arequipeños que aborrecían aquel circo mediático que era su vida.

Margot no era distinta a muchas mujeres, soñaba con la llegada del príncipe azul, pero solo se cruzaban en su camino oportunistas que buscaban aprovechar algo de su popularidad para sus fines, o solo aspiraban alcanzar el estatus del gran seductor que había conquistado a la chica candorosa e ingenua. Cuando llego Ramiro a su vida, ella acababa de divorciarse de Alfonzo, el magnate textil de Gamarra que se había hecho así mismo, un provinciano ambicioso que con mucho esfuerzo amaso una gran fortuna. Margot fue el medio que le proporciono el acceso a las grandes esferas de la sociedad, con ella de la mano él dejo de ser el empresario provinciano de Gamarra, y se convirtió en un hombre de negocios exitoso para todos. Su boda fue un cuento de hadas. Decenas de miles de dólares gasto en la fiesta de bodas. Tuvieron una larga luna de miel recorriendo el sudeste asiático. Por un tiempo dejo las pantallas, e hizo lo que esperaban de ella, ser una ama de casa feliz, manteniendo limpio y en orden el castillo que fue su hogar. Aprendió a cocinar, a llevar las riendas del hogar. Y cuando sucedió la tragedia, un aborto espontáneo, no estuvo preparada para aquello. Ni que la expusieran ante todos como una cornuda. La Barraza propago el video con su esposo besando a una mujer en Paracas, solo unas semanas después de aquel aborto, fue el final de su Camelot. Ella no lo perdono, y lo abandono. Podía haber perdonado la infidelidad, pero no el que la dejara sola con aquel dolor de perder un hijo en el vientre. Y cuando la soledad inundo sus noches, apareció

Ramiro, el debutante fortachón del programa concurso de resistencia física, que se mostraba enamorado ante cámaras, y le declaraba su amor incondicional. Los productores del reality show organizaron el encuentro, siempre con cámaras alrededor, y ella cayo rendida ante ese joven de un metro 90 que parecía un perrito en busca de hogar, de calor. Ella se enamoró, y él la traiciono, no con otra mujer, sino mostrando su intimidad. ¿Había sido un error involuntario? Aunque lo amaba termino con él. Y cuando parecía que nuevamente la soledad oscurecía su existencia, Martin apareció cual caballero andante defendiendo su honor, y no pudo dejar de enamorarse de él, de su gesto, de su apoyo.

Ella se sometió a él, él se impuso a ella, era una relación plagada de machismo, aunque él abominara del machismo peruano. Él en la cama desplegaba toda esa rutina de macho sometiendo a su hembra. En cada acto, en cada pose, en cada caricia, en cada orden que ella acataba, en cada capricho... Él buscaba alcanzar el clímax sexual, y ella tan bien, no se censuraba a mostrar placer, ni en controlar sus orgasmos. Sin embargo, como toda mujer aun inmersa en una tradición patriarcal, el sexo se convertía en el acto que aseguraba la permanencia del hombre a su lado, fortaleciendo su relación. Las mujeres como Margot creían que en la complacencia ellas se protegían, un hombre satisfecho sexualmente no caería fácilmente en la tentación de ser infiel.

Fue lo más difícil que hizo, decirle que la abandonaba en busca de alcanzar el éxito en Barcelona. Ella le pidió, le suplico dejarla ir con él, pero ella no estaba en sus planes. Margot no insistió, sabía que él no la quería, que no la extrañaría, que como ella habría en su ruta muchas más mujeres, compañeras sexuales, no amores. No insistió más, lo dejo partir sin reproches.

El día que partió el cielo de Lima estaba nublado, el clásico gris limeño de invierno. Sin duda no extrañaría aquel cielo pansa de burro. Si añoraría, en sobremanera, a su gente, sus costumbres, el despertar y contemplar desde la ventana de su dormitorio el interminable mar miraflores. Se consoló diciéndose que donde iba también estaría muy cerca al mar. El taxi lo dejo en el área internacional del aeropuerto. Antes de ingresar al terminal aeroportuario, lo sorprendió un reportero indagando sobre su viaje.

—¿A dónde viajas Martin? —le pregunto.

—A Estados Unidos —respondió muy amable. No quería informar de su real destino.

—¿Por cuánto tiempo? Con quien viajas, nos han chismear que Rosario Sepúlveda está en los United. ¿Vas a su encuentro? —inquirió el reportero.

—Me tomare unas vacaciones, no tengo fecha de retorno. Rosario es solo una buena amiga, un amor del pasado, me gustaría verla, pero creo ella está en California, y yo voy por New York. No alucinen encuentros.

—¿Se whaseaparan por lo menos?

—La saludare de tu parte –bromeo, e ingreso al counter del aeropuerto.

Mientras la cola avanzaba, la melancolía progresaba, cuanto más se acercaba al counter de la aerolínea, se apoderaba de él la desazón de la partida. Lamento que la última persona con quien hablaría en Lima fuera un periodista de chismes, que no le preguntaba sobre su trabajo, ni sobre si partía en misión periodística, sino sobre un posible reencuentro amoroso con su ex.

Entrego su pasaporte al empleado de la aerolínea, un muchacho de no más de 22 años, pensaba él. Dejo sus maletas en la balanza, y espero unos minutos. “¡Primera Clase!”, exclamo el muchacho al entregarle el ticket, como si le sorprendiera o quisiera resaltar que un pasajero viajara en primera clase.

Antes de embarcarse fue detenido por unas jóvenes que le pidieron un selfie. Gustoso accedió, puso su mejor cara, poso como lo habían hecho miles de veces, le dio un beso a cada una, y entro al área de embarque. Pensó que sería el último selfie en Lima, pero se equivocó. En el avión una madre le pidió tomarse una foto con sus pequeños, que seguramente no sabían quién era ese tipo al que su madre elogiaba como un gran periodista, aunque nunca hubiera podido concretar una carrera como tal. Por fin cuando se sentó en el asiento del avión pudo leer los mensajes del Whatsapp, tenía 28 mensajes de amigos despidiéndose, deseándole parabienes por su decisión de tomarse un año sabático dedicando su tiempo a la gran pasión, que solo sus más íntimos amigos conocían, la pintura. Por lo menos se dijo, se habían tomado un minuto para despedirlo. Cuando despegó la aeronave volvió a él aquella congoja que lo había inundado durante todo el trayecto hasta el aeropuerto. Donde iba sería un NN, un ciudadano común y corriente. Los traumas del fracaso aparecían, se preguntaba y se respondía, se daba ánimos para no caer en la depresión que todo emigrante debe sobrellevar cuando deja la patria y emprende una nueva vida lejos, y solo. El no partía en busca de un mejor porvenir, no iba en pos de mejorar económicamente, él iba en pos del éxito, de consagrarse como un artista.

Todos los aeropuertos le parecían iguales, el de Barcelona no fue la excepción, sin embargo, le atraía aquella atmosfera cosmopolita que encontraba en ellos. Miles de personas recorriendo sus pasillos, entrando o saliendo, impacientes por abordar su vuelo, o ansiosos por iniciar la

aventura que los había hecho recorrer miles de kilómetros para conocer un nuevo país. Los aeropuertos eran escenarios donde desfilaba la humanidad, hombres y mujeres de todos los rincones del mundo, una diversidad inimaginable para un muchacho crecido en el norte peruano, que creía que Perú era el país con la mayor diversidad étnica del mundo. Era una percepción errada, el mundo más allá de las fronteras peruanas era un crisol de colores, costumbres, idiosincrasias, temperamentos, y vanidades ilimitadas. Le bastó recorrer por primera vez el aeropuerto de Atlanta para comprender la naturaleza y magnitud de la raza humana. El mundo era mucho más diverso de lo que pensó, y desde aquella primera vez no dejó de fascinarle recorrer en silencio aquellos nuevos templos del mundo moderno, que hacían posible reducir distancias y acercarnos como nunca antes fue posible.

Al salir del área de aduanas observo a una familia provista de globos y flores, esperando impacientes. Eran latinoamericanos, quizás peruanos. Solo en aeropuertos latinoamericanos o donde la migración latina había arraigado, él encontraba esas manifestaciones pintorescas, apoteósicas de amigos y familiares despidiendo o recibiendo a uno de los suyos. Eran una celebración por el arribo del hijo, el reencuentro del padre o amigo ausente, del familiar que partía al extranjero, escapando de la pobreza. Al principio le habían parecido ridículas, tan tercermundistas aquellas manifestaciones, aquellos estallidos de felicidad al ver cruzar en el umbral al ser amado al que esperaron quizás por horas. Más adulto comprendió que eran expresiones de amor sincero. A él nadie lo esperaba, nadie lo despedía, nadie derramaría unas lágrimas por su ausencia prolongada.

Le tomo dos semanas elegir “el departamento”, que él consideraba debía ser el apropiado para un artista. Era un piso en Plaça de la Vila de Gràcia, de dos dormitorios, uno de ellos, el que tenía vista a la plaza lo acondicionaría como su atelier. Fue el décimo departamento que visito, ninguno de los anteriores lo impresiono como aquel. La vista a la plaza, la torre del reloj, las calles angostas que le daban un cierto aire de pueblo pequeño, algo apartado de la ciudad, lo enamoraron. Se vio sentado en las noches en aquella placita bebiendo vino, leyendo, contemplando el transitar de la gente a su alrededor, los niños jugar, parejas conversando, prodigándose cariños o algunas veces en acaloradas discusiones. A diferencia de Lima, allí sí podría pasarse horas sentado en cualquier banca observando la vida cotidiana de cientos de anónimos cruzando delante de él. Aquella placita y el barrio lo habían seducido.

Se sorprendió al recorrer el Castillo de Montjuïc, y contemplar, desde la cima, la ciudad, encontrar similitudes en la geografía de Barcelona y Lima, ambas al pie del mar, con una cadena de montañas a sus espaldas, gigantes protectores que las rodeaban. Ciudades con restaurantes, cafés y bares siempre atiborrados, turistas por doquier. Ambas aferradas a sus tradiciones nativas que buscaban desligarse de lo hispano, manteniendo

vestigios culturales milenarios.

Los primeros meses despertaba 5 minutos antes de las 7am, siempre a la misma hora, corría al baño a orinar, se lavaba las manos, después a la cocina a tomar un vaso de agua, y de allí a la ventana que daba a la plaza. Le gustaba pasar unos minutos contemplándola. Acto seguido reanudaba la pintura que había dejado el día anterior o iniciaba una nueva obra, haciendo bosquejos, dependiendo de la inspiración. Pasaba horas trabajando en su taller, con la plaza y su gente siempre presente. Almorzaba a la 1pm. Hasta las comidas las tenía programadas, lunes cocinaba lentejas, ni en Lima, ni en Barcelona había encontrado un restaurante que las hicieran como el apreciaba, así que desde hacía muchos años él las preparaba, su madre siempre le decía que las lentejas era el plato de los lunes, el plato más nutritivo, lo mejor para empezar la semana.

Los martes iba siempre al restaurant de La Tarantella de Gracia, aunque de vez en cuando aparecía por la Macchina Pasta Bar. Los miércoles Comida peruana, The Market Perú siempre, pero de vez en cuando le gustaba explorar otros restaurantes peruanos en Barcelona. Los jueves era comida japonesa, había tantos restaurantes nipones alrededor de la Vila de Gràcia que no tenía ningún favorito, sin duda después de la peruana, la japonesa era su preferida, imprescindible en su dieta. Los viernes almuerzo mediterráneo, griega, catalana, Magreb, valenciana. Sábado y domingo lo que se le antojara en el momento, con el tiempo llegaron las invitaciones y pasaba los fines de semana con amigos almorzando y/o cenando.

Después de almuerzo hacía una pausa leyendo alguna novela o ensayo, para después de las cuatro continuar su trabajo frente a la laptop. Unas horas pasaba hilvanando su novela. Tenía la historia completa en su mente, de principio a fin, pero no podía darle vida en el ordenador, establecer los tiempos, encajar las historias paralelas. Sin darse cuenta muchas veces terminaba buscando textos antiguos de la conquista española, para nutrir sus textos, darle un cierto espacio histórico real, pero ya había pasado más tiempo leyendo libros de historia que redactando su novela.

Aunque los primeros meses fue meticuloso en su trabajo, cumpliendo la programación que había planificado, fue perdiendo el entusiasmo. Como siempre, que se proponía consagrar su tiempo al arte, terminaba variando y reduciendo sus horarios. Los desayunos y almuerzos se fueron alargando. Los nuevos amigos acaparando su tiempo. El despertador se fue convirtiendo en un impertinente al que dejó de respetar cuando la resaca le alcanzaba por las mañanas.

No tenía constancia, ni la determinación para morir en el intento de ser un artista, de vivir por y para el arte. Estaba allí frente a la plaza de la Vila

Gràcia, con una copa de vino en la mano, regocijándose por su nueva vida, por haber dejado todo y enrumbado en pos de un sueño a Barcelona. Si fracasaba siempre estaría Lima esperándolo, un trabajo, amigos. A pesar de ello ni allá, ni en Barcelona había sido capaz de hallar el amor. No de esos amores que veía desde el balcón de su departamento, desbordantes, cómplices, apasionados. No un amor confortable, sino que fortaleciera su voluntad. Comenzó a creer que el amor, era la pieza que le faltaba para escapar de la mediocridad, a la que parecía siempre condenado. Alguien que lo impulsara en esa aventura. En esas largas horas que se pasaba frente al lienzo, combinando colores en busca del matiz correcto, del trazo perfecto, cuando el cansancio y la frustración lo dominaba, necesitaba aliento, no sexo.

Cuando conoció a Milena Casas no le llamo la atención, era una mujer hermosa, agradable, pero había ido a la reunión por Fiorella, la vasca de ojos celeste, que hasta ese instante en que Milena se presentó a él, era su prototipo de mujer. Habían coincidido en la fiesta de Puyol, y pasaron toda la noche conversando sobre Perú. Era una amante fascinada con Sudamérica, una aventurera. Había hecho el camino Inca, recorrido todo el norte peruano, navegado el río Amazonas de Iquitos hasta Manaus, un sueño que él siempre tuvo, pero nunca se atrevió hacerlo realidad. Paso varios minutos dando vueltas por los salones de la casa, esperando llegara Fiorella, pero no apareció. No conocía a nadie en aquella, casa, cuando le abrieron la puerta solo dijo la palabra clave soy amigo de Fiorella, la vasca, eso le había dicho que dijera ella. Y así fue, lo dejaron entrar sin más preguntas. Cruzó en varias ocasiones la mirada con Milena, pero no se atrevió a acercarse, estaba esperando a la vasca, ella era el objetivo. Pero el objetivo, la razón de que estuviera en esa reunión de snobs, que hablaban de arte o más bien chismes de artistas y el mundo del arte, parecía no llegaría. No le molestó que Milena lo abordara, era normal en Perú, pero allá era famoso, en Barcelona solo era el peruano. Un anónimo. Desde el primer momento ella dejó saber cuáles eran sus intenciones, salir de esa casa y tener sexo con él. Era evidente, y él se dejó seducir, como siempre. Cuando llegó Fiorella él ya había olvidado sus ojos celestes, y solo tenía en mente escapar con Milena y hacer el amor. Sería su primera vez en Barcelona.

La llevo a su departamento. Le sirvió un vino, él tomó una cerveza, se besaron y fueron directo al asunto. El intento sacarle el sostén en un par de movimientos de sus dedos, pero estaba fuera de forma, debió claudicar y pedir que ella procediera. Era una mujer hermosa, sin duda, la contempló unos minutos, y pensó, como lo hacía siempre que tenía una mujer bonita y desnuda frente a él, lo afortunado que era de que una mujer lo eligiera entre tantos. No sabía si ella se quedaría aquella noche, o como muchas veces sucedía con sus amantes, preferiría vestirse y escapar antes de que saliera el sol, dejándolo en la cama solo. Y la mayoría de veces cuando sucedían esas evasiones después del sexo, significaba que no volvería a verla. Eran amantes de una noche, que él

sabía, lo habían elegido por una de dos razones, porque se sentían atraídas a su aspecto físico o porque eran para ellas su oportunidad de acostarse con un famoso. Sea cual sea el motivo, si en un primer momento le afectó aquello, después se fue acostumbrando.

La primera vez que una mujer escapo después del acto sexual, sin dejar su número de teléfono, él considero que no había sido lo suficientemente hábil en el arte del sexo, incapaz de retenerla. Le molestó tanto esa primera evasión, que no descansó hasta encontrar a esa primera mujer que lo había ignorado, y conseguir saber qué había sucedido. Ella intentó evadir la respuesta lo más que pudo, hasta que se dio cuenta que la presencia en su oficina, de un veinteañero, que no podía ser su hijo, sino más bien un amante alterado, la perjudicaría. Así que debió confesarle. Era casada, y solo se sintió atraída por su físico, disfruto del sexo, pero no iba dejar a su esposo e hija por él. Martín comprendió, y le agradeció por aquella noche, y por su sinceridad.

Así que cuando Milena no llamó ese mismo día, ni al día siguiente, él entendió que él solo había sido un entremés sexual para ella. Quizás tenía novio, esposo o esperaba algo mejor en la vida.

Eran los nuevos tiempos, la mujer ahora era libre, sin las presiones sociales de antaño. Podían mostrarse tan hambrientas de sexo como cualquier hombre, y no necesitaban excusas para conseguir la atención de un hombre. Solo esperar a un tipo como él, que parecía tener escrito en la frente un cartel que decía: "solo busco sexo, no amor". Era lo que esperaba cada vez que iba a una fiesta, a una reunión, conocer gente interesante, una buena conversación, y si era posible tener sexo con la mujer más hermosa y encantadora de la reunión, tener una noche intensa en la que no encajaba la palabra amor, solo satisfacción.

¿Cómo había llegado al punto de esperar siempre que las mujeres dieran el primer paso? Que fueran ellas las que mostraran a través de la mirada, una sonrisa o un roce sutil su interés en él. A tal punto que ahora que estaba en otro ambiente, ya no en su confortable hábitat limeño, le costaba acercarse a una mujer que no se mostraba deslumbrada ante su presencia. Él no sabía seducir mujeres, no enamoraba, esperaba que ellas lo hicieran.

Nunca tuvo necesidad de mentir a una mujer para ganar su interés, como otros hombres que necesitan inventarse un perfil que los muestre más atractivos, viriles, exitosos ante una mujer, porque siendo ellos mismos, consideran, no tienen oportunidad. Siempre desprecio aquellos fraudes que cometían sus amigos con las mujeres, generándoles falsas expectativas, ilusiones, metiendo el cuento a cualquiera que estuviera esperando hallar el amor. Ellos no eran Martín Rengifo, ellos debían mentir

para tener sexo.

Instalado en Barcelona había imaginado que por fin se enamoraría, que encontraría a una mujer que le haría más llevadero sus días de exilio, pero no había aparecido. Sus expectativas eran altas, anhelaba volver a enamorarse de alguien que como él viviera bajo la impronta del arte, alguien que lo introdujera en la vida social barcelonesa. Mas como tantas cosas en su vida, la realidad lo golpeaba, solo había alcanzado a ser parte de los bohemios de la Vila de Gràcia, artistas locales, americanos y europeos, que iban de juego en juego, mientras intentaban hacerse un espacio en el Establishment artístico catalán.

En seis meses logro acabar 5 cuadros, y terminar 87 páginas de una novela, que ya había avanzado en Lima, pero que todavía no podía concluir, porque la estructura de la obra nunca lo convencía. Tenía la idea, original sin duda, pero no la forma, el detalle de los diálogos, el ritmo de los acontecimientos, los tiempos, la consistencia de los personajes, que parecían caricaturas surgiendo de su teclado, no conseguían armonizar como precisaba una novela con ambiciones.

Pronto comprendió que había pasado de la comodidad limeña a la holgura barcelonesa, relegado sus propósitos de dedicar el 100% de su tiempo a crear. Ya hacía mucho dejó de ser un desconocido en la Vila de Gràcia, su rostro se fue haciendo habitué en fiestas, bares, y en cualquier reunión de artistas del barrio. Ya todos sabían quién era "el peruano", no necesitaban decir su nombre o apellido, él era el peruano.

Sentir aquella pertenecía a su nuevo hábitat fue su perdición. Cuando a muchos migrantes les toma tiempo considerarse parte de su entorno, hacer, de aquel lugar al que llegaban buscando trabajo y mejores oportunidades, su hogar y no solo un centro laboral, a Martín no. No sentía esos apremios, él se complacía de ser parte de un movimiento vital de artistas, que en Barcelona se reunían para crear y cambiar el mundo del arte, o eso pretendía. No era el París de entre guerras, pero era lo más parecido a ese París que tanto reverenciaban los artistas de la primera mitad del siglo 20, un crisol de expatriados en busca de maximizar su arte. El allí era uno más, no era el mejor, pero era uno de ellos. Su gran simpatía lo hizo parte de la escenografía de la Vila de Gràcia, su departamento lugar de peregrinación de sus nuevos amigos, que llegaban a él en busca de una buena conversación, de un trago o solo compañía.

A los pocos meses de su arribo a Barcelona comprendió que había fracasado nuevamente, no había sido Lima la responsable de su fracaso artístico, ni ahora era Barcelona, sino él, que era incapaz de concentrarse en su arte, en crear.

Quizás no era realmente un artista, se dijo, mientras admiraba la obra de Los Costus en una exposición itinerante. Ver la obra de Naya y Carrero era

un descubrimiento, sabía tan poco de arte. Había estado en New York, Miami, Paris, Roma, Buenos Aires o Sao Paolo, pero nunca las había recorrido como artista, nunca fue en peregrinación por sus galerías y museos a beber arte. ¿Y cuántos libros había leído en los últimos años? Quizás un par por año. No, él no era como muchos artistas que necesitan el contacto con el arte de otros, respirar arte. El conocía artistas, pero en los bares, no en sus talleres.

Recién en Barcelona recorría galerías habitualmente. No recordaba haberse sentido deslumbrado por la obra de un artista, o dos en ese caso, como en ese momento. Había ido a la exposición empujado más por el morbo de conocer el arte de Los Costus, artistas emblemáticos de la movida madrileña, muertos trágicamente jóvenes y con tanto por ofrecer. Su arte parecía tan simple a primera vista, algunas veces tan adornado y ecléctico en su estilo que uno podría considerarlos artistas empíricos que iban adsorbiendo diversas escuelas sin crear un estilo propio, pero no era así, aquel era su estilo único. Le sorprendió sus cuadros llenos de colores chirriantes como el arte chicha andino. Allí estaba ante él, el secreto del arte, era succionar la vida de la calle, darle una tribuna a la cotidianidad de las masas.

La segunda mujer con la que hizo el amor en Barcelona fue Magdalena, una colombiana, de caderas endiablas, como declaraban quienes la conocían. Ella era una mujer impresionante, una afro colombiana, de elogiada voluptuosidad, un rostro hermoso, y desinhibidas caderas. La conoció en "Aires Latinos", una discoteca frecuentada por europeos, incluidos catalanes, que buscaban ritmos tropicales para bailar. Siempre se podía encontrar "gringos" aprendiendo a bailar salsa, vallenatos, bachatas o merengues en brazos de latinoamericanos, que sabían hacer mover las caderas de aquellas estatuas humanas. Martín era una de esas estatuas. No sabía bailar esos ritmos tropicales, para sorpresa de sus amigos catalanes. "¿Los peruanos no bailan?", se sorprendían. Él debía explicar que Perú era un país ecléctico, salvo la cumbia peruana, la mayoría de sus compatriotas tenían variados gustos musicales, no la prevalencia de un solo género. Él era punk, cumbiambero y le entraba con unas copas al valsecito criollo.

Magdalena intentó hacer lo imposible, ella y el alcohol, para que bailara una bachata. Él se dejó llevar, concentrado en sus ojos acaramelados. Su cuerpo parecía acoplarse perfectamente al de ella, su mano izquierda sostenía la suya, y su brazo derecho seguía la circunferencia de su cintura. Ella marcaba el ritmo, ordenaba los giros. No era difícil en esa desmesurada maratón de ballenatos y merengues que ella sucumbiera ante la oferta de continuar explorando sus cuerpos en otros linderos. Él fue un alumno aplicado, ella una maestra perseverante.

Mientras su vida sexual prosperaba en Barcelona, su arte seguía estancado. Le era difícil mantener un equilibrio creativo y emocional. Tan

pronto como parecía prosperar en su arte, y desbordar su imaginación, esta sucumbía ante el timbre del departamento, siempre recibiendo visitas inesperadas. Eran gajes de la popularidad, en unos pocos meses se había adaptado a Barcelona, y no extrañaba en nada Lima. El peruano era popular, su pequeño departamento en la Vila de Gràcia se fue haciendo centro de reunión de artistas y no artistas, bohemios si todos, con más pretensiones de disfrutar de la vida que de alcanzar el éxito.

Camino por la Carrer de Goya, no tenía prisa, solo avanzo unas ruas. Siguió por la Luis Antúnez hasta que por fin encontró la farmacia. Como siempre le costó un poco entrar en confianza y pedir unos condones, le sucedía lo mismo en Perú, pero él era allá famoso, así que pedir unos condones le resultaron los primeros años un suplicio. Ahora era un desconocido y ninguno de los dependientes de aquella farmacia soltaría una sonrisita nerviosa al escucharlo pedir unos condones, pensó. Craso error.

—Deme por favor dos cajas de condones –solicitó a la dependiente, y esta no pudo dejar de soltar una sonrisa nerviosa.

—Son ocho euros —le dijo, y ella volvió a soltar aquella sonrisita de quien ha chapado a alguien con las manos en la masa.

—¿Eres peruana, ¿verdad? –sondeó él, y ella asintió —¿Sabes quién soy?

—Sí, recién tengo 2 años en España.

—¿Puede ser nuestro secreto? –le pregunto cómo haciéndola cómplice de una travesura.

—Por supuesto Martin, no iré por allí divulgando que compraste condones en mi farmacia, pero ven siempre –le dijo ya en plan de sorna y el rio con ella.

Desde aquella vez volvió todas las veces que pudo a aquella farmacia, en busca de curitas que nunca necesitaba o un enjuague bucal que encontraría más barato en el supermercado. Era como si necesitara el contacto con su paisana para estar bien. Ella, Fernanda Castro, entendió que el buscaba un amigo peruano, mantener unos lazos con la patria. Se quedaban conversando sobre el Perú, hasta que llegaba un cliente, y los interrumpía. Martin ya sabía las horas con menos tránsito de aquella farmacia, y aparecía siempre a la misma hora. Hasta que por fin él la invito a comer a su restaurant peruano favorito.

—Vine una vez aquí –le confió Fernanda.

—Pensé que te estaba sorprendiendo.

—No, pero me agrada que me invites, la última vez me salió carito el Ocopa y el ají de gallina, pero valía la pena, era mis cumpleaños y me regale una cena peruana, en este restaurant fino.

—¿Puedo preguntar algo?

—Dime, lánzalo.

—Hablas como si fueras pobre, no ganas bien en la farmacia. Es un full time. ¿No?

—Si es un full time, si, sé que tener un full time en estos tiempos de crisis es como sacarte la lotería, pero mando dinero a Lima, tengo una pequeña allá.

—¿Puedo conocerla, tienes una foto?

Fernanda le mostro una foto, era muy parecida a ella, en pequeña. Fernando pudo ver que al pasar sus dedos por la pantalla reflejaba en el rostro de Martin cierta ternura.

—¿Te gustan los niños? –le pregunto.

—Sí, me encantan.

—Lo sabía.

—Pero también los perros, y nunca he tenido uno.

—¡Los niños no son como los perros! –exclamo ella, trasmutando a un rostro molesto y agraviado. Le quito su celular.

—Ya sé, digo que la razón por la que nunca pensé en tener hijos es porque no conocí a nadie especial, he tenido parejas que quería que tuviéramos un hijo. Y no sé, creo que ser padre es la responsabilidad mayor del mundo, si no puedes dedicar a tu hijo el 100% de tu tiempo mejor no tenerlos.

Fernanda sintió reprobación en sus palabras, y Martin comprendió que había, como siempre, hablado sin pensar.

—No lo digo por tu caso, sé que debió ser difícil dejar a tu hija, solo la dejaste porque no tenías dinero y sabemos que en Perú los sueldos no son de lo mejor, imagino el padre de tu hija no te ayuda.

—Nada, es un parásito.

—Bueno, pero te gustaba el gusano –le dice él en broma. Ella ríe.

—Me enamore como toda joven en la universidad, cuando se enteró que sería padre adelantó su viaje a Estados Unidos, donde haría una maestría de dos años, solo se fue, le dije que lo abortaría, me dio 1000 dólares, y listo. Guarde ese dinero, esperaba algún día regresara, me llamo al año, dijo que estaba por Lima, se pasó una hora dando rodeos, no se atrevía a preguntarme si aborte o no. Le dije lo tuve, una linda niña. Y a él se le escapó un “mierda” por el auricular, después de casi un minuto, dijo que le pasaría una pensión a la niña, que debía volver a Los Ángeles, y que no se negaba a darle su apellido, pero que no podría asumir labores de padre, que postularía a un puesto en Naciones Unidas, y que así no lo consiguiera se quedaría en Estados Unidos.

—Un canalla, un miserable –el considero.

—Sí, bueno, le dije quizás por orgullo o no sé, que la bebe nació, pero murió al poco tiempo, fue una muerte súbita. No estoy segura que me creyera, pero entendió que le estaba dejando libre de toda obligación, me dio el pésame y colgó. Fin de la historia soy madre soltera de una niña de 5 años. Con sus mil dólares me compre el pasaje a Barcelona, donde una amiga vive.

—Sabes alguna vez casi me caso con alguien, era una mujer hermosa, pero de un carácter de mierda, tenía una hija, su marido había muerto, la niña tenía algo de 5 años, era preciosa, hay veces nos íbamos a Chaclacayo o San Bartolo, pasábamos los fines de semana juntos, los tres, y siempre pienso que esos días fueron los más hermosos que viví –le dice eso no pudiendo dejar escapar una lagrima por su mejilla, ella lo consuela.

—¿Qué paso?

—Su madre me dejó, se enamoró de otro, así que terminamos, no le importo el vínculo paternal que había desarrollado con Dianita.

—¿La amabas?

—¿A la madre? No, la verdad que me enamore de la idea de ser padre. Dianita era mi niña. Aguantaba a su madre por ella, despertar y correr a su cuarto a verla, tirarnos en la cama largas horas viendo sus programas infantiles, me sé todos. Pasamos de Barney a Caillou, vimos todas las películas de perros que había.

—Lo siento.

—Quizás debí luchar más, exigirle me dejara seguir viendo, por un año yo fui su padre, a la mierda eso no le importo, simplemente nos separó.

—Imagino la niña sufrió con la separación.

—Quizás, pero los niños olvidan, espero así haya sido. Fui un par de veces al nido y pude ver que la abuela la recogía, quería acercarme, pero no me atreví, y así fue pasando el tiempo, después mi madre murió y al poco tiempo salí huyendo de Lima.

—Cuando te veía en televisión, siempre tan perfecto ante cámaras, pensaba este tipo no debe tener problemas, debe tener una vida perfecta, una mujer hermosa y rica a su lado.

—Pues sí, mi vida era perfecta, despertaba a las 11 de la mañana, trabajaba unas horas al día, fiestas todas las semanas, lo tenía todo. Pero el último año en Perú fue difícil, con la enfermedad de mi madre, el alejarme de dianita, y esa sensación de que era un fracasado.

—¿El señor simpatía un fracasado?

—El dinero, la notoriedad no son sinónimos de éxito. Mi madre me inculco el arte, quería que fuera artista, y antes de morir me dijo que sentía un profundo vacío en su alma al ver mi fracaso. Reprobaba el hecho de haber sucumbido ante el éxito fácil, pude ver en sus ojos la decepción que le producía ser un personaje de la farándula limeña.

—¿Por eso estas aquí? Por tu madre muerta, porque ella quería fueras un pintor famoso.

—Vine por mí, en busca de saber si hay algo para lo que soy bueno, además de leer un teleprompter.

—Eres uno de esos tipos que necesita agradar a la gente, quieres la aprobación de otros, de tu madre, de amigos, de tu pareja, o de cualquiera. ¿No eras feliz acaso con tu vida en Lima? ¿Con tus amigos? Hay veces las cosas simples son el mayor éxito que podemos tener, ser uno mismo. Y cuando tengas éxito comprenderás que no te interesa, porque no es lo que te hace feliz.

—¿Qué estudias? Me dijiste psicología –inquiére, dando una sonora carcajada—. Fui muy feliz en Lima, lo soy aquí también.

—Sí, y no te estoy analizando, en el poco tiempo que te conozco, sigues siendo el mismo tipo buena gente que veía en la televisión, en ti no hay

maldad, más bien algo de inocencia.

Llevaba un mes sin haber escrito una línea de su novela, que comenzaba a creer sería mejor película que una novela de largo aliento como la que proyectaba, y comenzó a escribir a productoras catalanas ofreciendo el argumento. La trama podía resumirse en unas líneas: El inca Atahualpa no muere en Cajamarca, sino que es exiliado en secreto a España, de donde escapa veinticinco años después, regresando al Perú en busca de recuperar su imperio, pero cuando está a punto de vencer a los españoles y reunificar su reino los frailes jesuitas sacan en andas las imágenes de cristo y de la virgen maría y este temeroso del nuevo dios que ha adoptado no puede levantar su espada contra las imágenes y ordenar matar a los curas, como le piden sus generales incas para romper con 25 años de catolicismo. Tiene grandes ideas, pero cero capacidades para desarrollar la historia y darles alma y vida a los personajes. Pasaba el tiempo y seguía creyendo que, si bien no era un talentoso escritor o pintor, con perseverancia y dedicando las 24 horas a la creación lograría, como decían los antiguos romanos, desatar al genio, y alcanzar la gloria.

Más los genios nunca llegaron a la Vila de Gràcia. Había pasado más de un año desde su arribo a Barcelona, y buena parte de sus ahorros dilapidados, a ese ritmo, pensaba, en pocos meses más no tendrá dinero, por lo que decide mudarse, dejar el apartamento suntuoso que se alquiló, abandonar la Vila de Gràcia, que como Lima se había convertido en el chivo expiatorio de su fracaso.

Fiel a la promesa que hizo frente al ataúd de su madre, no regresaría a Lima fracasado, seguirá en su empeño de convertirse en un artista exitoso, su esperanza está en conseguir presentar sus pinturas en alguna exposición. En La Trinitat Nova consigue alquilar un departamento con dos dormitorios suficiente para acondicionar un taller, y consigue un empleo en un restaurant francés, de camarero.

—¡Mozo! —Exclama Fernanda sorprendida.

—No he logrado pintar un cuadro original hasta ahora, avanzo y retrocedo, descubro un error en la pintura y reinicio el bosquejo, estoy nublado como este cielo —le dice observando el cielo barcelonés, ha perdido ya la voluntad, y el dinero que tenía ahorrado.

—Bueno, lo mejor si es que trabajes.

—Es eso o volver a Lima, me han ofrecido dos programas, co-animar, dicen que me extrañan.

—Extrañan al niño bonito, tu eres un artista, tu sitio está aquí.

—Nunca en mi vida he hecho otra cosa que leer noticias, nunca he trabajado de mozo, pero es lo que hay, y dan buenas propinas.

—Con esa carita que tienes, vas a recibir buenas propinas y proposiciones de viejas ricas, no tiene pierda esa chamba –le dice riendo.

Fernanda se ha convertido en su cable a tierra, en su confesora, en una amiga, no recordaba haber tenido con ninguna mujer aquel grado de amistad, de confianza. Hay veces la miraba, y se preguntaba por qué a pesar de ser hermosa no se había abalanzado sobre ella. Si debía enamorarse de alguien y plantar cabeza, Fernanda era la más indicada, amiga, amante, alguien que con quien podía conversar y reír siempre. Era la mujer que lo alentaba a perseverar. Aquello lo hacía temer precipitarse, declarar su amor, no necesitaba una amante, sino una amiga, un apoyo anímico en esas horas en las que el fracaso lo cubría.

—Me voy el fin de semana a Madrid, en auto con Conrad –le dijo antes de partir.

—¿Conrad? –pregunto él.

—Sí, mi enamorado. ¿No te había hablado de él?

—Pues no creo

—Sí, es que tu solo hablas y yo escucho, y cuando yo hablo no me escuchas.

—Hace 2 meses estabas con Ernesto, el malagueño. De Conrad no sabía nada. ¿No es español?

—Es inglés, está trabajando en la ciudad. Solo salimos, nada importante –le dice como queriendo dar la impresión que solo es algo pasajero –. No se va quedar mucho tiempo en la ciudad.

—¿Y qué paso con Ernesto?

—Nada, jodía mucho, celoso, quería hasta boda, a mi edad no estoy para bodas.

—Era una gran persona, simpatizaba conmigo.

—Te odiaba, tenía celos de nuestra amistad.

—Solo somos amigos –precisa como si fuera necesario hacerlo.

—El cree que un hombre guapo como tú, no puede tener amigas, que

todas están esperando que “el amigo” se decida por ellas.

—Bueno yo también creo que todas las mujeres bonitas, como tú, tampoco pueden tener amigos sinceros, los hombres son como gallinazos que vuelan en círculos sobre sus presas moribundas, esperan que “la amiga” se fije en ellos por ser amables, atentos, generosos, divertidos... Sueñan con que a la primera decepción amorosa “la amiga” descubra que ellos son el amante perfecto, el amor de sus vidas. Se engañan, las mujeres después de muchos fracasos solo los verán como el paliativo, el chico seguro, quien creen, no les romperá el corazón tantas veces quebrado. Pero en cuanto se crucen con el “chico malo” caerán ante este.

—Pues piensan igual entonces, machistas. ¿Debo suponer entonces que crees que yo estoy esperando el momento adecuado para lanzarme a tus brazos o debo creer que tú a los míos?

—Los dos somos distintos, somos dos peruanos guapos, así que ese axioma no se da. Yo no espero termines con tu pareja para que vengas a llorar a mis hombros, eso no va suceder nunca, tu eres fuerte y del tipo que decide de quien enamorarse, no se conforma.

—¿Crees que yo decido? ¿Y tú decides?

—No decido, si decidiera me enamoraría de ti –le dice medio en broma, medio en serio.

—Si yo decidiera con quien debo estar, no serias tú. Tú tienes belleza física, eres divertido, culto, cualquier mujer te puede amar así seas un pobre viviendo bajo un puente, pero tú no a ellas. Lo que te encabrona en la vida es que no puedes acceder al amor de mujeres que no ven en lo físico la belleza de un hombre, sino en su talento y su temple. Por eso estas obsesionado con el éxito.

—¿Y crees que no lo conseguiré?

—Lo harás, pero si es lo que quieres, y amas el arte, no por qué quieres impresionar a una mujer.

Martin la deja. Cierra la puerta del departamento de ella, y sonrío. Le sorprende encontrar en sus palabras el mismo tono censor del de su madre. En ella, como en doña Violeta, nunca hubo espacio alguno para la condescendencia, siempre son tajantes en sus opiniones.

Le tomo un día completo seleccionar las cosas que llevaría a su nuevo departamento, y lo que vendería, remataría o dejaría en la basura. Un año y cuatro meses de su vida estaban en ese departamento y en esa placita. No solo la dejaba por falta de dinero, sino por que como Lima se había vuelto un lugar demasiado confortable, un espacio donde él bohemio

Martin se imponía, eclipsando al Martin Artista.

Lo único que le hizo dudar tomar el departamento de la Trinitat Nova fue la gata. El casero fue tajante, no admitían animales. Pensó en dejarla donde la encontró, en la misma Vía Augusta donde se cruzó con ella. Una noche camino a su casa la encontró en una de los jardines del Vía Augusta, tenía la pata lastimada, quizás un perro la había mordido. La levanto con miedo a su reacción, pero la gata fue dócil y se dejó llevar. ¿Qué le impulso a rescatarla? ¿Fue solo humanidad? Muchas veces se habían cruzado con otros animales heridos, sobre todo en Lima, y no había reparado en ellos. "Otra persona aparecerá y lo rescatará", se repetía siempre. Donar algunos soles cada mes a asociaciones de protección animal, a albergues de perros y gatos abandonados calmaba en parte ese sentimiento lastimero que tenía cada vez que se cruzaba con un animal en mal estado, o al que sorprendía buscando alimentos entre la basura. Aquello era lo que odiaba más de Lima, y ahora de Barcelona. La indiferencia ciudadana ante el sufrimiento de los animales, el abandono de mascotas que al crecer perdían el encanto para sus dueños y los echaban.

La gata era una prueba de ello, era una gata hermosa, de raza indefinible, con el pelo de colores: blanco, negro y amarillo. Una cola que parecía un plumero. Estaba estelarizada, con los colmillos perfectos que dejaba en claro que alguna vez fue la gata de una familia. Bien alimentada, protegida, hasta que se convirtió en un estorbo en sus vidas. Había considerado que la gata se había perdido, que sus dueños la buscaban, pero no fue así. Publico su foto en redes sociales, pego avisos en postes en los alrededores, pero nunca nadie la reclamo. No había ninguna familia triste por la pérdida del miembro felino de su clan.

¿Las mascotas sufrirán aquel abandono? Se preguntaba cada vez que cruzaba el parque Castilla o el Kennedy en Lima y veía los gatos sobreviviendo por la buena voluntad de quienes les dejaban alimentos y agua, a pesar de los carteles prohibiendo alimentar a los animales. No eran los comunes, los callejeros, sino con pedigrí, de raza. En esos parques los exiliaban, cuando debía el dueño viajar o cuando la pareja tenía un bebe y la maledicencia de familiares y amigos recomendaba deshacerse del gato porque tenía virus que dañarían el feto o al bebe. Así que cada vez que cruzaba aquellos parques podía adivinar que gatos eran nuevos por el gesto de sus rostros, por el miedo que tenían ante los extraños, por el desconcierto que manifestaban al encontrarse, lejos del confort de sus hogares, en otro ambiente donde debían aprender a buscar su alimento y un espacio donde dormir. La mayoría se adaptaba rápidamente, se mostraban indiferentes al paso de peatones, y no temían ya acercarse a niños que les ofrecían algo de comer.

Se convirtió en la gata, en la minina, la preciosa... Nunca se atrevió a ponerle un nombre, ya tenía planeado dejar Barcelona cuando la

encontró, escapar nuevamente, no podía crear vínculos afectivos. En esas semanas juntos él sintió un aprecio especial por la gata. El mismo aprecio, amor, cariño que nace en una relación dependiente, la gata lo necesitaba para sobrevivir, y él se sintió su protector, su salvador, sintió que por primera vez en su vida disfrutaba tener una mascota, un animal que lo esperaba al llegar a casa. Era la gata, pero en esas semanas se había vuelto su gata, y ahora estaba buscándole un hogar, un albergue, donde pudiera, cuando alcanzara el éxito, reencontrarse con ella.

Sentado en la mecedora, con la gata a su lado o sobre sus piernas podía pasar horas, en silencio, en paz, pensando, meditando sobre esta nueva etapa de su vida, lejos de aquella comfortable vida que se había construido en la Vila de Gràcia, casi una extensión de su vida anterior en Lima. Espero hasta el último momento para encontrarle hogar, solo dejó un aviso en las veterinarias del barrio, esperando lo llamaran, pero nadie lo hizo. Un día antes de viajar consiguió que una vecina, de un edificio aledaño, la acogiera. Le sorprendió, cuando la entrego, que fuera generando en él un sentimiento de pérdida, dejarla fue más difícil de lo que pudo imaginar. Lo afligía no saber qué sería de la gata en adelante, si la alimentarían y cuidarían como él lo hizo, si jugarían con ella como jugaban algunos minutos todos los días, y volvió a su mente aquella pregunta nunca respondida. ¿Los animales extrañan a sus amos cuando se separan? ¿La gata lo extrañaría? ¿Se deprimiría? No pudo contener aquel sentimiento de pérdida que lo embargaba al bajar las escaleras del edificio, y menos pudo contener las lágrimas que descendían por su rostro. No era solo la gata, era la Vila de Gràcia, era su fracaso, su incapacidad de alcanzar el éxito lo que lo volvían a desligarse de su entorno, de abandonar su hogar, su vida, y comenzar de nuevo otra vez en pos de un objetivo, más bien un sueño, el éxito.

La Trinitat Nova era distinto al Miraflores limeño, o a la Vila de Gràcia. Allí todo parecía austero, sin bares o cafés cercanos, era un barrio dormitorio. De día todos salían al trabajo, de noche en sus casas después de una larga jornada laboral. Los fines de semanas los parques llenos de padres con sus niños, cero bohemios, cero distracciones.

El departamento en la Carrer de S'Agaró, de reducidas dimensiones, tenía vista a un pequeño parque, no muy bien conservado, que separaba la calle de un puente en la avenida Meridiana, aunque justo frente a su ventana un Tipuana bloqueaba la vista. No era un escenario inspirador como el de la Vila de Gràcia, pero era lo que tenía y necesitaba, un espacio que le permitiera seguir insistiendo en convertirse en un artista.

A sus amigos de la Vila de Gràcia, solo les dijo que partiría un tiempo a Lima y regresaría pronto.

Intento retomar su rutina, despertar cinco minutos antes de las 7 am, tomar un café y pintar. Comenzar nuevos proyectos, retomar viejos

bocetos, retocar sus pinturas que siempre parecían a sus ojos adolecer de algo, los colores siempre le parecían demasiado opacos, sin luz. A la 1 cocinar algo rápido, hay veces para dos días. A las 2.30 retomar el trabajo pictórico. Quince minutos antes de las cinco bañarse. Cinco y quince caminar hacia el paradero del bus para ir al trabajo. Le tomaba cerca de una hora viajar hasta la Rambla del Poblenou y otros 10 minutos caminar hasta el restaurant francés. Gracias a su dominio del francés, aprendido en el colegio de monjas francesas de Trujillo, consiguió aquel trabajo. Era bien remunerado, lo suficiente para seguir comprando pinceles, pinturas, lienzos y demás materias primas que necesitaba para continuar en la brega. Era oneroso ser un pintor sin vender sus obras.

Tenía esta vez la determinación, la confianza de que su sacrificio tendría recompensa.

Quizás lo que más le choco del cambio, de pasar de un barrio bohemio, a un barrio de la clase trabajadora, era el poco contacto humano que mantenía con sus vecinos, casi parecía ser un edificio fantasma, no había niños. Le pareció escuchar un perro ladrar en el piso superior, ver un gato en un balcón, más nada en las primeras 4 semanas. Si no fuera por el barrullo al amanecer, voces en las escaleras, el ririneo de teléfonos, puertas que se abrían y cerraban, hubiera creído que era el único inquilino. Eran trabajadores, obreros, empleados que partían muy temprano en la mañana, y regresaban cuando él ya estaba trabajando en el restaurant.

Pasarían casi dos meses antes que descubra a su vecino, y un tiempo más para saber que como él o a diferencia de él, vivía de la pintura. Era un artista que pintaba y vendía paisajes barceloneses en tiendas de souvenir. Felipe Castellar, andaluz, pintor desde muy joven. Han coincidido en las escaleras, subiendo, Martín no ha dudado en presentarse:

—Soy Martin, Martin Rengifo, vivo en el departamento 305 –se dijo extendiendo su mano.

—Soy Felipe, mucho gusto –respondió él sin entender que hacia ese tipo presentándose y entablando conversación en las escaleras. Dudo unos segundos en darle la mano, pero lo hizo.

—¿Eres pintor? –Inquirió Martin.

—Podría ser comprador de arte también. ¿No? –respondió sarcástico, y con un tono de molestia.

—Llevas 4 pinturas bajo el brazo, por eso pensé que podrías ser pintor. Yo pinto...

—Sí, soy pintor, hago paisajes, así me gano la vida...

Antes que pudiera seguir la charla ambos llegaron al tercer nivel, Felipe, solo dijo adiós, abrió la puerta de su apartamento y desapareció. Aquel fue el primer contacto.

Felipe de 33 años tiene medio rostro quemado y el brazo izquierdo inutilizado producto de un accidente en auto. Es uno de los tantos artistas que llegaron a Barcelona en busca del éxito, lleva 3 años en la ciudad condal, año y medio en la La Trinitat Nova. Después del accidente se ha mudado al departamento de la calle S'Agaró abandonando todo intento de hacerse famoso como pintor. Ha encontrado, como Martín, en La Trinitat Nova un refugio o una prisión donde apartarse del mundo, aunque por distintas razones y circunstancias.

Había pensado que trabajar de camarero en un restaurant sería lo ideal, tendría las mañanas y la tarde libre para trabajar en sus obras. Desde las seis de la tarde atendía en el restaurant. Nunca antes había tenido una jornada laboral como aquella, los fines de semana sobre todo eran horas intensas, sin pausa, atendiendo a todo tipo de comensales, con caracteres distintos, que podían ser amables, comprensivos, como repulsivos, capaces de explotar ante cualquier error, o esperando que eso suceda para lanzar improperios, no era una actividad para un tipo como él, orgulloso y arrogante, pero lo soportaba.

¿Era feliz así? Se preguntaba muchas veces al despertar y verse en el espejo. Antes, en Lima o la Vila de Gràcia despertar y verse al espejo era un acto de vanidad, se veía y buscaba alguna arruga, una pata de gallo. Media las proporciones de su nariz, observando si estaba creciendo y cayendo, peculiaridades de la vejez. Eran sus mañanas intrascendentes, rutinarias, el contacto con el espejo hay veces parecía un acto de agradecimiento, de ser como era, un hombre de treinta tantos años guapo. "El mundo gira alrededor tuyo" se decía muchas veces al contemplarse en el espejo del baño. Pero ahora estaba frente al espejo y veía a un hombre cansado, agotado, no revisaba su rostro, no buscaba arrugas, no revisaba si sus mejillas se abultaban. Nada de eso consideraba importante, parecía más bien ver un vacío. Día tras día bregando por alcanzar el éxito, le había hecho esfumar la vanidad. Ya ni el acto de rasurarse le era placentero. Siempre le horrorizo llevar la barba crecida, o mal rasurada, eran varios minutos que dedicaba cada mañana a rasurarse, deslizar sus dedos por su rostro y tantear si había quedado algún vello a medio cortar, era una obsesión. Ahora ya no importaba nada, ni que fuera desapareciendo sus músculos trabajados por años en los gimnasios. Aquello era lo que más le asustaba quizás, la flacidez de su pecho masculino, y se reconfortaba repitiendo que pronto volvería al gimnasio, que pronto volvería a su vida perfecta.

No pudo dejar de observar a Felipe en la calle bebiendo, se dio cuenta que este no lo había visto, y rápidamente introdujo la llave en la cerradura de la puerta del hall, pero cuando ingresaba e iba a cerrar la puerta, vio que unos muchachos, más bien niños, lanzaban restos de comida sobre Felipe. No podía dejarlo allí borracho. Se acercó y espanto a los muchachos. Felipe lo miro, sin agradecer el gesto aquel.

—Vete le dijo, me gusta beber solo –exclamo iracundo.

—Bien –le respondió Martin haciendo un ademan de retirarse antes de ser detenido por Felipe.

—Puedes tomar un trago conmigo, si quieres –le dijo, mientras llenaba un vaso descartable con vodka.

Martin asiente, y recibe el vaso, lo huele, lo observa. Es la primera vez que lo ve tan vulnerable, siempre parece querer espantar a todos los que se acercan a él, pero allí los dos sentados en un extremo del pequeño parque, se muestra agradable.

—Sé que te preguntas cada día. ¿Cómo termine con el rostro quemado y el cuerpo entumido?

—Tengo algo de curiosidad –le manifiesta como no dándole mucha importancia.

—Hace unos años sufrí un accidente. El auto en el que viajaba colisionó. No se cómo salí del auto, mi enamorada era quien manejaba. Su padre me dijo que ella y unos tipos que aparecieron me sacaron.

—¿Ella no te conto?

—No la volví a ver.

—Que mierda, como pudo abandonarte.

—Imagino temía las consecuencias. Manejaba su auto alcoholizada, estábamos ebrios, regresábamos de una fiesta. Mis quemaduras iban a pesar sobre ella en un juicio, y tendría que pagar cárcel por aquella acción, no la puedo culpar.

—Es muy difícil entender a alguien que no es solidario.

—Yo también desaparecí, no quería que me viera en ese estado, escape en cuanto pude del hospital y rehíce mi vida de incognito.

—¿Y cuál es tu historia? ¿Qué hace un marques en este barrio de clase

trabajadora?

—¿Marques?

—Así te llaman los vecinos, dicen que eres muy educado, pareces de la nobleza por tus facciones de niño rico y mimado.

—Trabajo, soy mozo, no tengo nada de marques, ni nací en cuna de